

# LA “LITERATURA ANTIOQUEÑA” EN *EL MONTAÑÉS* (1897-1899) LEÍDA DESDE LA HISTORIA CONCEPTUAL DE KOSELLECK\*

“ANTIOQUIAN LITERATURE” IN *EL MONTAÑÉS*  
(1897-1899) READING FROM KOSELLECK’S  
CONCEPTUAL HISTORY

Catalina Ángel Madrid<sup>1</sup>

\* Derivado del trabajo de grado “El concepto de ‘literatura antioqueña’ en la revista *El Montañés* (1897-1899). Una revisión desde la perspectiva de la historia conceptual” para obtener el título de filóloga hispanista. Dicha investigación contó con el apoyo económico a trabajos de grado del Comité para el Desarrollo de la Investigación —CODI— 2015 y la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

**Cómo citar este artículo:** Ángel Madrid, C. (2018). La “literatura antioqueña” en la revista *El Montañés* (1897-1899) leída desde la historia conceptual de Koselleck. *Estudios de Literatura Colombiana* 43, pp. 119-136. DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n43a07>

<sup>1</sup> [catalina.angel.madrid@gmail.com](mailto:catalina.angel.madrid@gmail.com)  
Universidad Pontificia Bolivariana, Colombia

**Recibido:** 15.02.2018

**Aprobado:** 05.05.2018

**Copyright:** ©2018 *Estudios de Literatura Colombiana*.  
Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](#)



**Resumen:** en este artículo se propone una aproximación al estudio del concepto “literatura antioqueña” en el primer año de la revista *El Montañés* (1897-1899), a partir de los supuestos teóricos de Reinhart Koselleck en el marco de la historia conceptual. Para ello se analiza la manera en que la crítica literaria publicada en la revista construye un concepto en torno a las manifestaciones artísticas que concibe como “literatura antioqueña”. Asimismo, se prioriza el estudio en una perspectiva sincrónica con el propósito de interpretar los hechos como hechos lingüísticos en su momento.

**Palabras clave:** literatura antioqueña; literatura regional; historia conceptual; revista literaria; crítica literaria.

**Abstract:** this article proposes an approach to the study of the “Antioquian literature” concept in the first year of the magazine *El Montañés* (1897-1899), based on the theoretical assumptions of Reinhart Koselleck within the framework of conceptual history. To this end, the way in which the literary criticism published in the journal constructs a concept around the artistic manifestations that it conceives as “Antioquian literature” is analyzed. Likewise, the study is prioritized in a synchronic perspective with the purpose of interpreting the facts as linguistic facts at the time.

**Keywords:** Antioquian literature; regional literature; conceptual history; literary magazine; literary criticism.

### **Por qué la historia conceptual para entender la “literatura regional”**

Existen diferentes perspectivas de estudiar la literatura regional, o el binomio literatura-región, dependiendo de los aspectos literarios que tomemos como enfoque; pueden ser autores o lecturas biografistas, obras y sus temáticas regionales, comunidades históricas y culturales como constructos identitarios, cánones o terminologías originales en discursos hegemónicos tradicionales, perspectivas en las que el regionalismo se ha visto como primer factor para las definiciones de estas literaturas, pero no deja de ser un factor cuestionable como enfoque de estudio desde las teorías literarias contemporáneas (Fernández Morales, 2012). Si bien este tipo de enfoques son viables para la realización de estos estudios, el presente artículo lo plantea en la revista *El Montañés* desde una perspectiva más ajena a la teoría literaria contemporánea y enfocada en la historia conceptual propuesta por Reinhart Koselleck.

La metodología de los estudios histórico-conceptuales y sociohistóricos obliga a buscar ayuda en enfoques ampliados y trabajar de forma interdisciplinar: entre las posibilidades está considerar el conjunto de las relaciones sociales, así como la articulación lingüística y su sistema de significación. Como bien lo indica Koselleck (2012), existe una tensión entre la historia, la sociedad y su acondicionamiento lingüístico: “las relaciones sociales, los conflictos y sus soluciones así como sus cambiantes requisitos nunca son idénticos a las articulaciones lingüísticas, mediante las cuales las sociedades actúan, se comprenden e interpretan a sí mismas, se modifican y adquieren una forma nueva” (p. 12). Los acontecimientos sociales están condicionados por el hombre que aparece dotado de lenguaje. La dependencia entre los acontecimientos y el lenguaje, el cual hace posible un acontecimiento concreto, es clara porque ocurren socialmente, es decir, en el plano de lo interpersonal. En este sentido, ningún acontecimiento es posible sin ningún discurso, sin una planificación dialogada, sin un debate público o sin el consenso de los implicados. Existen diferencias entre los acontecimientos, los actos, es decir, lo factual y la articulación lingüística que los hace posibles, en tanto los describe e interpreta, pero ningún acto lingüístico es la acción misma, y esta acción no se puede reducir al habla.

Las revistas, consideradas como instituciones, han sido para la historia literaria e intelectual uno de los órganos mediante el cual se abre diálogo a las ideas de un momento específico. Aimer Granados (2012) señala que este

material es “una fuente histórica de primer orden para adelantar estudios de la sociología del intelectual (sus redes, sus proyectos, sus posicionamientos ideológicos, su pensamiento en torno a la sociedad, la cultura y la ciencia; su condición de *clerc*, de persona letrada)” (p. 10), puesto que pensar la historia intelectual, donde se incluyen fenómenos literarios y culturales, a través de las revistas “implica, entre otros aspectos, insertar a las ideas en los soportes materiales (impresos) que son algunos de los medios en donde estas se exponen, circulan, y se reciben para ser polemizadas, ponderadas y socializadas” (p. 10).

En el presente artículo, *El Montañés* se comprende como un objeto y como una realidad que permite evidenciar los acontecimientos porque los nombra,<sup>1</sup> según lo que plantea Koselleck (2012):

Es lingüísticamente como debe decidirse qué parte de la historia pasada estaba condicionada lingüísticamente y cuál no. [...] Solo se puede estar seguro de lo que realmente sucedió, más allá de cualquier hipótesis, mediante lo transmitido oralmente o por escrito, precisamente mediante testimonios lingüísticos (pp. 16-17).

La revista misma ofrece tanto definiciones sobre “literatura antioqueña” como juicios de valor que la crítica de la época emitía sobre los hechos. Cabe aclarar que para efectos de la investigación, se consideran como hechos la relación literatura/realidad social y literatura/regionalismo, las obras producidas, los escritores prestigiosos en la región, y la inclinación de la revista por una literatura de carácter realista, y no por la modernista. La clasificación de estos aspectos como elementos determinantes para la definición de la “literatura antioqueña” se conoce como “revisión del estado de las cosas” (Koselleck, 2012, p. 45), la cual se refiere a los hechos factuales, a los cuales solo podemos acceder por medio de los hechos lingüísticos. Así, esta revisión se pregunta por el cómo, cuándo, por qué, por y para quién son evidenciados en los hechos lingüísticos como medio para llegar a la construcción de un concepto. En este caso, dicha revisión se hace a través de la crítica, que se encarga de definir, caracterizar, describir y opinar sobre estos hechos factuales. A través de este tipo de testimonios es posible dilucidar la forma en que se concebía la “literatura antioqueña” en la revista objeto de

<sup>1</sup> La revista *El Montañés* (1897-1899) fue una publicación antioqueña de “literatura, artes y ciencias” imprimida en la ciudad de Medellín, Colombia, por la tipografía El Comercio durante su primer año, y durante el segundo por la Tipografía Central. Su director fue Gabriel Latorre, presidente de la junta redactora conformada por Francisco Gómez (Efe Gómez) y Mariano Ospina Vásquez. En total, se publicaron 24 números durante su periodo de circulación. El primero de ellos apareció en septiembre de 1897 y el último con las fechas de septiembre, octubre y noviembre de 1899 (al respecto véase Ángel, 2016).

estudio. Para tales efectos, los textos seleccionados para el presente artículo son los siguientes:

- Gabriel Latorre, “Samuel Velásquez”, *El Montañés*, I, 1 (1897).
- Mariano Ospina Vásquez, “Reseña Mensual”, *El Montañés*, I, 1 (1897).
- Mariano Ospina Vásquez, “Reseña Mensual”, *El Montañés*, I, 3 (1897).
- José Montoya, “Tomás Carrasquilla”, *El Montañés*, I, 3 (1897).
- Mariano Ospina Vásquez, “Reseña Mensual”, *El Montañés*, I, 6 (1898).
- Mariano Ospina Vásquez, “Reseña Mensual”, *El Montañés*, I, 11 (1898).

Finalmente, se llama la atención sobre los “contraconceptos” como elementos que coadyuvan a la construcción del concepto, a la vez que lo definen. De forma que los contraconceptos son importantes, en este caso para definir qué no es “literatura antioqueña”, puesto que de manera sincrónica están relacionados con su contexto (Koselleck, 2012, p. 47).

Si bien *El Montañés* sostiene esa concepción de lo literario muy aferrado a la vida social en la región, esto no se puede concebir como una verdad absoluta dentro de la historia y crítica de la literatura colombiana, sino únicamente como la postura que manifestaba la revista de acuerdo a su tensión historia-sociedad-articulación lingüística. No es una verdad absoluta, sino una manera de concebir ese momento histórico.

### **Una aproximación al concepto “literatura antioqueña” en *El Montañés***

Santiago Londoño (1994) en “Las primeras revistas ilustradas en Antioquia” afirma que “Tal como se menciona en diversos comentarios aparecidos en *El Montañés*, al finalizar el siglo XIX se vivió en Medellín lo que se consideró un ‘recrudescimiento literario’” (p. 16). En este sentido, *El Montañés* fue un espacio de divulgación de la literatura de la región en aquella época. Si bien la revista publicó mucha poesía y narrativa de escritores antioqueños, sus textos de crítica literaria fueron el medio que se ocupó de definir qué debía ser la “literatura antioqueña”. Es por ello que el presente artículo toma como material de análisis aquellas definiciones sobre esta literatura producida en Antioquia como hechos lingüísticos que definen un concepto, como se ha dicho, de “literatura antioqueña”.

Según Friedhelm Schmidt-Welle (2012), existen dos tipos de literatura regional: la primera se produce en ciertas regiones de Latinoamérica que

trata de sus costumbres y especialmente de mostrar la distinción entre el campo y la ciudad. El autor la denomina *literatura regional tradicional*. Se trata de una literatura que conserva los sentimientos sobre las regiones agrarias, se impregna de color local, paisajismos y figuras arquetípicas, con una caracterización positivista de las relaciones humanas. Toma como ejemplo modelos del naturalismo y el realismo decimonónico para sus personajes, así como recursos estilísticos muy tradicionales (pp. 115-127).

Por otro lado, la segunda categoría se denomina *literatura regionalista*, la cual se ha considerado como criollismo o novela de la tierra, cuyo origen está en las novelas del siglo XIX. Denominada también como regionalismo clásico, se distingue de la literatura regional tradicional por su marca ideológica que apunta a buscar una identidad nacional y a mostrar los conflictos políticos, históricos y culturales. Esta última no construye una identidad desde y para la región, sino unas identidades nacionales (Schmidt-Welle, 2012, p. 123). También llamada *verdadera literatura regional*, se fundamenta en que la identidad sale del lugar de origen y como una marca de la diferencia identitaria. Asimismo, cree que el núcleo de la barbarie debe superarse para llegar a la modernidad y al desarrollo socioeconómico deseado. La representación de la región en el regionalismo clásico es abstracta y simbólica, discrepa entre una cultura nacional con respecto a otras culturas nacionales:

[...] la región, en caso de que exista esta corriente literaria más allá del lugar de la trama o del paisaje de fondo, es el lugar simbólico de la realización de esta diferencia. No es, por eso, un lugar concreto e histórico, sino el lugar alegórico de la definición de la identidad nacionales (Schmidt-Welle, 2012, p. 123).

Esta diferenciación no solo se cumple por ser de rasgos geográficos y sociales autóctonos, distintos a los de otras regiones, sino por su función de resaltar su propia identidad. En esa medida, el regionalismo conserva una visión antiuniversalista, alimentada por una tendencia conservadora, y una resistencia cultural, espiritual, étnica, económica, entre otros, alimentada por una vertiente progresista. Por ello, dentro de la literatura regionalista se combina la trama narrativa con discursos políticos, ensayos, descripción de paisajes, elaboración de glosarios: “Su lenguaje trata de ser más fiel al lenguaje hablado y a las expresiones provenientes de lenguas indígenas o expresiones locales” (Schmidt-Welle, 2012, p. 124).

De acuerdo con la distinción entre los dos tipos de literatura regional que expone Schmidt-Welle, la literatura publicada en *El Montañés* corresponde más a la del primer tipo, es decir, aquella que refleja el color

local. Sin embargo, la crítica, aunque alude a muchos aspectos del color local, tiene una intención ideológica y busca no solo que la literatura represente la región, sino también que la identifique, y por ello, aunque la crítica no fuera literatura, tendría una relación con el concepto de “verdadera literatura regional”. Se llamó *crítica* a la actividad de reseñar libros y emitir juicios de valor para determinar cuáles eran las obras destacadas por su calidad estética, según los parámetros de la revista. La crítica literaria asumió una responsabilidad de definir la “literatura antioqueña” y el “buen gusto”, lo cual permitió una naciente teorización sobre el concepto “literatura antioqueña”. Gracias a esto no solo habla de su contenido, sino también de los aspectos formales de la producción literaria. Asimismo, la crítica, conformada por varios discursos (hechos lingüísticos), se encargó de dar una definición a la producción (realidad) de textos con valor artístico que estaban publicándose en ese momento. Al respecto, vale la pena revisar las palabras de Gabriel Latorre en *El Montañés* (1897):

[...] la crítica, la crítica razonable, desapasionada y sensata; ese ministerio altísimo y noble sin cuya valiosa ayuda el gusto perezca o se vicia y el progreso de las artes se dificulta; la crítica que tantos, tan buenos y tan oportunos servicios pudiera prestar a nuestra incipiente literatura, para encauzar sus tendencias, señalarle su ruta, facilitarle su marcha y darle unidad, carácter y objeto, aprovechando esa época de verdadero renacimiento en que estamos; esa crítica justiciera y digna, indispensable para nuestro progreso literario, falta absolutamente entre nosotros. En su lugar tenemos una alabanza incondicional y la diatriba. Los que aquí escriben resultan genios ó imbéciles, según sean amigos ó enemigos quienes los juzguen; y no hay término medio. De modo que el artista que de veras ama su arte y tiene anhelos de perfección ha de formarse solo, constituyéndose en su propio y único juez, y, sin cuidarse de las alabanzas de unos ni de los vituperios de otros, bregar con tesón incansable por su mejoramiento (pp. 7-8).

En la cita anterior se reconoce la necesidad de una actividad de crítica literaria seria que determinara un “canon” dentro de la “literatura antioqueña”. Ella estaría encargada de asentar los lineamientos sobre los cuales la literatura regional sería aceptada como tal. Esta función, asumida por la crítica en *El Montañés*, es una reacción frente al incremento de la producción literaria en la Antioquia de la época, que se especifica como un “verdadero renacimiento en el que estamos”. Se refiere a que en materia de literatura había un renacimiento sobre el cual la crítica cumplía el papel de decir qué se consideraba como literatura y qué no. Para que una obra tuviera un reconocimiento, la crítica tenía que posicionar los ojos en ella: “se me antoja que lo que entre nosotros se llama crítica, á falta de otro nombre, no ha llegado á darse cuenta de la influencia que el tal libro está llamado á ejercer en la literatura de aquí” (Ospina, 1897a, p. 46). En distintas ocasiones,

Mariano Ospina Vásquez usa el término “literatura de aquí” para aludir a la literatura que habla sobre Antioquia y a la que es escrita por intelectuales nacidos en esta región.

Si se tiene en cuenta lo planteado por Koselleck, quien plantea que los hechos lingüísticos no son la realidad, entonces las afirmaciones de Ospina solo son un hecho lingüístico sobre la realidad, mas no la realidad misma. Es decir, en Antioquia puede haber producción de intelectuales antioqueños que no hablan de la región, y su obra sería considerada como “literatura antioqueña”. En este caso, el concepto “literatura antioqueña” se encamina a pensar la literatura regional como una producción de color local (regional tradicional) y no como una verdadera literatura regional, de acuerdo con las distinciones hechas por Schmidt-Welle. Las definiciones van a estar determinadas por la articulación lingüística del concepto: aunque sus referentes hagan parte de la realidad, ninguna articulación es factual; en este mismo sentido, lo factual no debe reducirse únicamente a la forma como se nombra. En el caso de la revista, si la crítica se encaminaba a definir una “literatura antioqueña” del color local, no podríamos reducir el concepto a este rasgo distintivo sin conocer la totalidad de las definiciones (los hechos lingüísticos) que están presentes en la revista y que contribuyen a la construcción del concepto. Solo hasta llegar a ese punto podría afirmarse en definitiva cuál es la postura que caracteriza a la revista con respecto al concepto del que se ocupa el presente artículo.

En *El Montañés*, otra definición de “literatura antioqueña” trata del idealismo dentro de la creación literaria. Este estaría muy relacionado con la idiosincrasia que José Montoya (1897) le atribuye al pueblo antioqueño:

Los habitantes de Antioquia tienen un espíritu demasiado práctico que les prohíbe lanzarse á un idealismo nebuloso ó á un decadentismo enervante. Las obras literarias genuinas de Antioquia no podrán ser idealistas; entre nosotros no se prestará más atención á lo ideal que la necesaria para hacer obra artística (p. 111).

En la cita anterior el autor, refiriéndose a *Frutos de mi tierra* (1896) y *Simón el Mago* (1890), de Tomás Carrasquilla, declara que se debe considerar como literatura aquella creación que dé cuenta de una cotidianidad, de una realidad común y palpable, no las creaciones reflexivas en su contenido, ni especulativas sobre qué se debería producir. Para Montoya, la literatura en Antioquia identifica la región y se corresponde con la particularidad y personalidad de los antioqueños. Él critica el idealismo refiriéndose a la literatura modernista que está abriéndose camino durante esa época. La negación al “idealismo” funciona como un contraconcepto que, según

Koselleck, actúa como factor observable para la definición. Es decir, el idealismo del modernismo, cuya consigna era “el arte por el arte”, es la característica contraria a la consideración de la literatura regional. En esta medida, la definición se basa en las limitaciones semánticas que debe abarcar el contenido de la literatura. La “literatura antioqueña” debe transmitir una idea concreta del mundo y no tener la creación estética como único fin, pues el factor estético solo será un medio para dar cuenta del mundo, en este caso de la región.

El ejercicio de escritura es equiparado en *El Montañés* con las prácticas mineras de la región:

[...] lo originario es el campo de la moderna literatura y de allí hay que extraer con gran dificultad las obras de arte, como se extrae el oro de las arenas minerales. Es preciso hacer palpitar en el libro la vida del ambiente. [...] Para nosotros, la gran cuestión es explotar nuestra propia existencia en favor del arte (Montoya, 1897, p. 106).

La forma en que se debe pensar el arte lo asimilan a una práctica industrial de la región, en este caso la minería. Pero más allá de mostrar esta práctica, la intención está en tomar la región, explorar, como lo dice la cita, el territorio como objeto para la creación. Nuevamente se evidencia una cuestión de identidad como función de la literatura. Se proponía la región, sus dinámicas económicas, sus prácticas culturales, su población y clases sociales, especialmente lo que denominaban “su raza”, su geografía, como el contenido principal de la producción literaria. Estos aspectos eran la “materia novelable” en la cual el escritor, según la crítica publicada en *El Montañés*, debía basarse para escribir una literatura verdaderamente antioqueña.

### **La materia novelable y el *estetismo* antioqueño**

A partir de la publicación de obras como *Simón el Mago* (1890), *Frutos de mi tierra* (1896), *Tierra Virgen* (1897) y *Al Pié del Ruiz* (1898) se empezó a reconocer que había una producción literaria en la región. Para la fecha de publicación de *El Montañés* ya en Antioquia se había hablado de “materia novelable” —siguiendo el término que se usó en la tertulia de El Casino Literario (Levy, 1958, p. 29)—. “Un estudio tenaz de los maestros de todas las literaturas, que va haciendo alborear [...] la posibilidad de llegar á realizar en este medio nuestro absolutamente estéril, como se creía, de materia novelable o que esos grandes realizaron en otras partes” (Ospina, 1897a, p. 47).

La “materia novelable” era la forma de designar aquellos rasgos de la región que usaron como recursos estéticos para la creación. La “literatura antioqueña” fue descrita en la revista principalmente a lo largo del primer año. La materia novelable estuvo asociada a otro término que también exploraron en *El Montañés*: el *estetismo* antioqueño.

La vida cultural y el regionalismo tuvieron un papel muy importante al momento de definir la literatura. Con motivo de la instauración del mausoleo que contiene los restos del escritor Jorge Isaacs en el Cementerio San Pedro, la revista declara que la región, más bien la vida cultural de esta, se ha encontrado en una constante búsqueda de un *estetismo* que haga sobresalir a Antioquia dentro del escenario literario colombiano:

*El Montañés* hará lo que pueda; y si á eso se agrega lo que pueden los demás, ella se llevará á cabo, y será digna del escritor muerto el más delicado y sensible artista que ha tenido Colombia; y Antioquia, el pueblo que entre nosotros aspira á la supremacía en la cultural intelectual. Veremos si el cacareado *estetismo* antioqueño con el regionalismo ayudándole hace su deber (Ospina, 1898a, p. 278).

Para la revista, la idea de *estetismo* antioqueño se entrelazaba con la polémica que se venía generando en torno a la producción artística de la región, una discusión en la cual la región se justificaba como la principal motivación para la producción literaria. La región y su actividad económica, social y cultural se convirtieron en el espacio potencializador para escribir una literatura que identificara el pueblo. Estos aspectos son un sistema de relaciones señalado por Koselleck que influyen en la significación del concepto “literatura antioqueña”. El término *estetismo* dentro de *El Montañés* no tiene una definición específica, pero se podría inferir que estuvo asociado al término “esteticismo”, pues con esta denominación se pretendía crear una polémica acerca de las características estéticas de la producción artística y literaria de la región. El *estetismo* estaría apuntando, al igual que el esteticismo, a una posición ideológica que busca la belleza como un hecho artístico sin otra función intencionada. Si bien las literaturas regionales tuvieron la función de identificar la región, en su momento las preocupaciones por definir una estética no se desarrollaron directamente, pero tampoco se dejaron de lado.

Sobre otro aspecto, José Montoya se refiere a *Frutos de mi Tierra* como el resultado de una ardua labor de creación literaria: “El trabajo intelectual del autor que me ocupa satisface en Antioquia el deseo de sensaciones artísticas que experimentan todos los pueblos cuando han alcanzado cierto nivel de desarrollo” (Montoya, 1897, p. 106). Lo interesante de esta cita es

que al definir la literatura como una “literatura moderna” se creía alcanzar una máxima expresión de la creación literaria. Dado que en Antioquia, como se ha venido afirmando, se alcanzó un nivel de industrialización y formación intelectual que les permitió creer en una región desarrollada con una identidad definida por medio de la literatura, si la “literatura antioqueña no era idealista”, el entorno social, el espíritu de la época, aún conservaba esa tendencia en creer que modernización significaba modernidad. La dicotomía modernidad-modernización se asocia a la influencia del ideal de progreso en la literatura.

### **Regionalismo: ¿un ideal de progreso?**

La historia conceptual se pregunta por la comprensión de las experiencias y el estado de las cosas de acuerdo con su contexto: el cómo, cuándo, por qué, el por y para quién. En este sentido, las experiencias dan cuenta de qué aspectos inciden en la definición del concepto “literatura antioqueña”. Aludiendo a la revista, se trata de revisar qué asuntos-problemas apuntan a la definición de una “literatura antioqueña”. Estos son, en primer lugar, discusiones sobre el ideal de progreso en la región; en segundo lugar, los autores representativos; y en tercer lugar, la crítica sobre los movimientos literarios del momento, una discusión particularmente entre realismo y modernismo.

El investigador Juan Camilo Escobar (2009), en *Progresar y civilizar. Imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920*, señala la importancia que tuvo para los intelectuales el ideal de “civilización y progreso”, dado que mostraban dos aspectos fundamentales en la labor intelectual de las élites: “la necesidad de darse una identidad y la convicción de que ‘la civilización y el progreso’ constituían los ideales máximos hacia los cuales debían dirigirse los mayores esfuerzos del pensamiento, la escritura, el arte y los gobiernos” (pp. 255-256).

Por su parte José Luis Romero (2010), en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, habla del incremento económico que vivieron algunas ciudades en Latinoamérica (como Rosario en Argentina, Monterrey en México, San Pablo en Brasil) gracias al proceso de aburguesamiento de los centros urbanos. Entre ellas señala a Medellín:

En Colombia creció una vieja ciudad, Medellín, fundada en 1675. Un promotor industrial, Pedro Nel Ospina, inició allí la industria textil, a la que se sumaron luego otras —cerveza, vidrio, chocolate, loza— que activaron intensamente la ciudad. De 37.000 habitantes que tenía en 1880 llegó a tocar los 100.000 hacia 1930 (pp. 255-256).

El inicio de la industria textil tomó un nuevo aire con la finalización de la Guerra de los Mil Días bajo el interés de crear empresas modernas (Saavedra, 2003). Antes de las empresas textiles, la geografía de Antioquia, región rica en oro y plata, permitió la fundación de la minería como la principal actividad industrial a finales del siglo XIX (Mayor, 2003). Por ello, el desarrollo económico que tuvo Medellín fue determinante para la producción bibliográfica, artística y documental dentro de *El Montañés*, y no fue coincidencia que los colaboradores de la revista, como Efe Gómez y los hermanos Ospina Vásquez, contribuyeran a la fundación y funcionamiento de la Escuela de Minas de Medellín.

El asentado regionalismo antioqueño promovía una diferenciación con respeto a otras regiones con el propósito de sobresalir y estar por encima en producción literaria e industrial, y también se promovía una “supremacía” intelectual antioqueña. Esta efervescencia nacionalista fue una característica dada desde la idea de Antioquia Federal,<sup>2</sup> declaración política que tenía el fin de buscar una independencia con respecto al centralismo de Bogotá y al provincialismo de otras regiones. Tal circunstancia también determinó la concepción de la literatura regional.

La idea de progreso, la caracterización de Antioquia como la capital industrial del país, fue un factor que concretó las características del ideal artístico, tal como lo señaló Mariano Ospina, quien en su discurso contraponía y satirizaba este ideal: “Probablemente la instrucción también progresará en Antioquia, yá que hoy es moda creer que aquí todo progresa. La verdad es que sí hay un movimiento harto claro por esos lados” (Ospina, 1897b, p. 147). El progreso no solo en las artes, sino en las ciencias, específicamente la medicina y la minería, influye en la producción de la literatura. Esta influencia, en términos de Koselleck, se puede señalar como una tensión entre la sociedad y su acontecimiento lingüístico. La relación progreso-literatura-sociedad llevó a encontrar ingenieros y médicos dedicados a la literatura, por ejemplo Efe Gómez y Eduardo Zuleta, respectivamente. En esta tensión tienen un papel importante los intelectuales: el ideal de progreso

<sup>2</sup> Tras el propósito de la conformación de una Antioquia Federal está, ante todo, el ánimo de marcar la propia autonomía en contraposición al centralismo manejado en Santa Fe de Bogotá, tanto en el poder político y económico como en lo social, religioso y cultural. Antioquia estuvo siempre impulsada a entablar una distinción del departamento. Con la Regeneración, el antiguo Estado Soberano de Antioquia pierde nuevamente su autonomía como poder territorial y se ciñe a las decisiones políticas y económicas que se decretan desde la capital. Aunque hubiera una subordinación de Antioquia con respecto a la capital, se mantuvo ese carácter regionalista heredado desde el Federalismo.

conllevó a la necesidad de profesionalizarse como científicos; de igual modo, su formación como letrados les permitió el cultivo de la literatura dentro de sus ocupaciones, su pertenencia a las élites antioqueñas contribuyó a que su función social fuera importante y representativa. Dentro de esta tensión, puede verse que la literatura estuvo determinada por las condiciones sociales. A ello se le atribuía que la literatura estuviera en función de la modernización y la organización civil, que esta debía dar cuenta de los procesos sociales, como lo fueron la transformación urbana y la industrialización. Es decir, sin estos procesos la literatura tendería a decaer y escasearía su producción:

[...] nuestro *recrudescimiento* literario [refiriéndose a la producción en Antioquia] no da vagar para eso, ni para nada. [...] la actual abundancia de escritores en Colombia tiene, creo yo, el mismo origen que la escasez de *hombres* de que todos se quejan. En efecto, en un país donde ya no hay guerras; donde la política se acabó y las industrias las *acabaron*; donde las ciencias apenas si habrá quién las sospeche, y la vida social no existe, todas las energías que la mera lucha por la vida deja sobrante se agrupan alrededor de la literatura, único fogón que todavía arde y da calor [...]. Y es nuestra literatura, no el solaz de un pueblo rico que se da el lujo de descansar, sino los cuentos que con los pobres entretienen el hambre en las noches frías y oscuras (Ospina, 1898a, pp. 277-278).

De acuerdo con el tema de industrialización y progreso, también se evidencia una dualidad entre la literatura, la ciudad y su transformación: “Ya solo por inaudita licencia poética podrán nuestros vates medellinenses hablar de noches oscuras; pues desde el día 7 de este mes está la ciudad iluminada y bien iluminada, que es lo curioso, por la blanca y ‘civilizada’ luz eléctrica” (Ospina, 1898b, p. 452).

No toda la literatura tenía que ir a la par con el proceso de industrialización de la ciudad; aquí se comienza a dar un proceso de independencia de la literatura y la realidad de la ciudad. La literatura estaba encaminada a llegar a un punto que permitiera la libertad de hablar al escritor, de describir la ciudad, o la región, como él la percibiera. Así proveía una diversidad entre el uso de formas poéticas: metáforas. Solo en menor medida, la literatura no estaría en función de reflejar a Medellín, sino en función de sí misma. Fue uno de los tintes que la crítica iba adoptando del modernismo, el permitirse hablar del arte por el arte y no del arte en función de la sociedad; disponer de una separación entre la tensión sociedad-hechos lingüísticos.

### **Escritores representativos para la “literatura antioqueña”**

La producción literaria regional lograba legitimar una trayectoria del escritor en la vida cultural; escribía quien tuviera la formación intelectual

en el campo de las letras: “El arte de escribir no es cualidad innata, sino producto del estudio sostenido de la meditación incesante, de una labor larga y penosa” (Latorre, 1897, p. 7).

En la vida pública de Antioquia durante gran parte del siglo XIX se creía que

[...] los cultivadores de las letras entre nosotros rara vez pasan de simples aficionados: ocasionales escritores son lo más, á quienes entusiasmo pasajero ha puesto la pluma en la mano ó improvisados periodistas, que hacen al calor de las pasiones de la política, estéril para el arte, y mueren para la literatura del mismo modo (Latorre, 1897, p. 1).

Ser escritor era una de las ocupaciones que tuvieron los intelectuales de aquella época, quienes se movían entre la política, el periodismo y las ciencias; no obstante, sin esta ocupación como antecedente no hubiera sido posible la profesionalización de escritor, como lo plantea Henríquez Ureña (2014).

Si bien la revista habla de varios escritores antioqueños, sobre el que más se discute es Tomás Carrasquilla; también se discute de Eduardo Zuleta, quien fue importante por la publicación de su novela *Tierra Virgen*, y de José Manuel Marroquín, escritor bogotano que publicó sus obras a la par con estos dos escritores antioqueños. En la crítica literaria del primer año de la revista se señalan como escritores prestigiosos en la región a Tomás Carrasquilla y Samuel Velásquez. A estos intelectuales, Gabriel Latorre los separa de los “escritores nóveles”, palabras que usaba para referirse a los escritores del modernismo (Latorre, 1897, p. 6). También resalta que Samuel Velásquez es un escritor valioso por el prestigio que adquirió al ganar el *Concurso de La Miscelánea* (p. 3). De igual manera, afirma que antes de Carrasquilla no había literatura desde Medellín para Colombia; según Montoya (1897), Carrasquilla en su novela *Frutos de mi Tierra*, “estéticamente bella y agradable [...] no buscó las hermosuras de nuestra vida, sino que al contrario, parece gozarse en pintar los tipos más repugnantes de nuestra sociedad” (p. 106). El reconocimiento de Carrasquilla no es pensar únicamente la literatura como representación del color local, sino implantar en ella una crítica social, precisamente porque Carrasquilla pretendió mostrar la sociedad medellinense dentro de sus prácticas cotidianas, antes que construir un arquetipo de sociedad.

Se creía que la carencia de escritores como Carrasquilla y Velásquez se debía a la imposibilidad en Antioquia de tener hombres de letras dedicados únicamente al oficio de la literatura: “Somos un pueblo demasiado pobre para que los verdaderos literatos puedan formarse aquí y en su labor perduren.

[...] en todas las profesiones reclutan el arte literario sus soldados y es solo ocasionalmente, en ocio raros, cuando pueden consagrarle alguna ofrenda” (Latorre, 1897, p. 2).

A lo largo de la revista comienzan a construirse conjeturas sobre las novelas que se deben tomar como modelo para identificar una literatura regional. Estas discusiones sobre una novela que identificara a la región se ven claramente en la sección “Reseña Mensual”, espacio cuya intención siempre estuvo en función de recomendar qué leer y qué no leer. En la primera reseña publicada en *El Montañés*, Mariano Ospina Vásquez, bajo el seudónimo de Prólogos, comenta cinco obras de la literatura colombiana, estas son: *Frutos de mi tierra*, de Tomás Carrasquilla; *Blas Gil*, *El Moro* y *Entre Primos*, de José Manuel Marroquí, y *Tierra Virgen*, de Eduardo Zuleta. En su discurso señala la trascendente importancia que tendrán estas obras para la literatura colombiana, según el autor, apuntando a que constituirán el canon del país. Es decir, desde su opinión, que él define como “impresiones personalísimas”, Prólogos aporta unas consideraciones personales sobre las cuales se construye un concepto de “literatura antioqueña”: el espacio de las narraciones (regional y nacional), las costumbres típicas de un provincialismo, la relación de este con el centralismo situado en Santa Fe de Bogotá y el contraste del contenido y la forma entre las novelas citadas.

De la obra de Carrasquilla expresa que esta es la primera producción donde aparece la crítica en la “literatura de aquí”, es decir, en Antioquia: “*Frutos de mi tierra* fue un revulsivo potente contra aquel decadentismo tan exótico como contrahecho, falto de originalidad, de meollo y hasta de sentido común generalmente, que se iba poniendo de moda” (Ospina, 1897a, p. 46). Para Prólogos, dicha obra se vuelve una ruptura en la tradición literaria de aquella época, recurriendo a lo que por aquel entonces se discutía, si en Antioquia había o no materia novelable, pues se consideraba que no había una “literatura antioqueña” y que todos eran unos “malos” escritores, en las propias palabras de Prólogos.

Con *Blas Gil*, sucede todo lo contrario, Prólogos resalta lo poco interesante que se hace el libro, explicando parte por parte la estructura de la novela, que son: la acción, los personajes y el estilo. Prólogos critica cada parte y resalta el estilo como un error de la novela. Afirmar que la obra “Carece de arte” (1897, p. 52), es decir, que el autor falla en el discurso de la novela: quien habla es el autor de la obra y no el protagonista. Enfatiza que el lenguaje es lo sobresaliente y no la forma de narrar la obra.

Los párrafos anteriores que hablan de Carrasquilla y Marroquín muestran un regionalismo por las simpatías que Ospina Vásquez expresa con las novelas que se producen en la región. La fuerte crítica a Marroquín es un contraconcepto que también define la “literatura antioqueña”. Realizar una discusión entre dos escritores que gozaban de prestigio en sus respectivas regiones, que publicaban casi simultáneamente sus obras más leídas en el momento, es la manera de mostrar un concepto adyacente. La comparación de estos dos escritores muestra un contraconcepto en tanto se oponen el uno al otro: se define “literatura antioqueña” a partir de lo que hace Carrasquilla, opuesto a lo que hace Marroquín, quien no explora la forma en su novela. Antes bien, hay una distinción de tipo territorial; Prólogos resalta que, ante todo, hay un tratamiento formal de la obra que sitúa a Carrasquilla por encima de Marroquín. Así, Carrasquilla se convierte en un modelo de escritor para la “literatura antioqueña”. En este sentido, la obra de Marroquín no es bien valorada, pues no solo se trataba de un escritor bogotano, sino que las temáticas principales en sus obras no estaban relacionadas con Antioquia. Esto hizo poco interesante a este escritor ante la crítica de la revista, debido a la carencia de contenido sobre la región antioqueña, sobre la que esta buscaba polemizar. Esta discusión muestra una marcada tendencia a reconocer, de manera relativa, el valor literario de un autor por su procedencia territorial más que por los valores estéticos de la obra misma.

### **A modo de conclusión**

La crítica literaria en *El Montañés* alude constantemente a que en Antioquia no se había consolidado una literatura regional hasta la década de 1890, aproximadamente. A partir de entonces, este fenómeno se extendió hasta la primera parte del siglo xx. Asimismo, intercede para establecer cuáles son las características de esta literatura. Por otro lado, la crítica en la revista también se reconoce a sí misma como un discurso apenas manifestado en la región para la época de fin de siglo, pues esta se componía solo de reflexiones por parte de los críticos, basadas en sus impresiones personales y en algunos conocimientos sobre la literatura producida en Antioquia. Por esta misma razón, no se puede afirmar que exista una única definición de “literatura antioqueña”. Si bien tales reflexiones pueden ser interpretadas como nociones alrededor de este concepto, tienen múltiples criterios de reflexión en común tanto como sutiles discordancias, debido a que el ejercicio de crítica literaria estuvo a cargo de personajes públicos pertenecientes a las élites antioqueñas

que, gracias a su condición de intelectuales, podían desenvolverse en un ámbito cultural. Esto hizo que en la revista se consignaran diversas opiniones y no una sola acerca de la literatura regional.

El concepto de “literatura antioqueña” es una construcción basada principalmente en su contenido, es decir, en el tema y la trama que debe contar la obra. Asimismo, da cuenta de una identidad regional puesto que está determinada por las particularidades del pueblo antioqueño, retomando las palabras empleadas en la revista. Vale recordar que los hechos lingüísticos solo dan cuenta de los hechos factuales por la forma en la que son percibidos pero, como se dijo anteriormente, estos dos hechos no son lo mismo. En *El Montañés* se establece que la “literatura antioqueña” es como el pueblo antioqueño: de carácter práctico, sin idealismos ni filiado al decadentismo, que en materia de literatura se vivía por ese tiempo en Bogotá. De la misma manera, la literatura que gustaba en la región tenía un carácter humorístico que buscaba entretener y hacer reír a costa de los demás.

La preocupación por definir la “literatura de aquí” se basó en unos criterios y características que la crítica denominó *estetismo* antioqueño, término que había surgido a partir de las polémicas que se discutieron en las tertulias literarias alrededor de *El Montañés* y otras revistas del momento. Esta expresión determinaba que el fin estético de la “literatura antioqueña” se basaba no solo en la creación literaria, sino en la transmisión de ideas concretas de la región, en la descripción de sus formas de vida cotidiana y sus prácticas culturales y económicas. Esta cuestión se basó en que Antioquia ya tenía una “materia novelable”, por lo cual debía comenzar a mirarse a sí misma y explorar a partir de los objetos de la región los recursos estéticos que podrían convertirse artísticamente en literatura, tal como lo hicieron Carrasquilla, Zuleta y Velásquez. La “materia novelable” también alude a unos objetos materiales que daban cuenta de la identidad regional. Este ánimo evidenció un regionalismo cuya intención fue fomentar una admiración de lo propio contado de manera artística a través de la literatura. En el mismo sentido, este orgullo por lo propio también se debe al ánimo de “explotar” una publicación que divulgara toda pieza con mérito literario.

Consecuentemente, el regionalismo procuró mostrar cómo la literatura también daba cuenta del proceso de industrialización de Antioquia. En primer lugar, porque la “literatura antioqueña” definida en *El Montañés* habló de la minería, principal práctica económica de la región a finales del siglo XIX. Esto se debió al crecimiento económico que brindó la actividad minera a

la región, pero principalmente al carácter realista que se le quería atribuir a la literatura antioqueña al hablar de temas tan cotidianos para la realidad del momento como lo era dicha actividad industrial. El regionalismo y el reconocimiento de Medellín como la capital industrial del país permiten afirmar que la vida literaria en la ciudad durante ese tiempo buscaba llegar a una supremacía de la cultura intelectual por la prosperidad económica y que proveyó dicho prestigio. De igual manera, la creencia en una supremacía era impulsada por el ideal de progreso que propició el comienzo de este proceso de industrialización en Medellín, del cual fue testigo la revista durante su periodo de publicación. Según lo anterior, *El Montañés* maneja la idea de que la modernización contribuyó en la consolidación de la literatura regional; no obstante, la revista no establece ni propone directamente una distinción o discusión entre los conceptos de modernidad y modernización. Si bien el contexto histórico de la región estaba permeado por un afán de industrialización, progreso y civilización, la revista no sostuvo la idea de que en Antioquia se produjera una literatura cuyo único fin fuera la escritura y no exhibir las formas de vida para ese entonces. No se consideraba como “literatura antioqueña” una literatura que hablara de otros temas que no fuera la región, aunque fuera escrita y publicada dentro del territorio. Para *El Montañés*, la “literatura antioqueña” debe dar cuenta de la región y de todos aquellos aspectos que hacen posible una identidad antioqueña, una caracterización de la sociedad y una representación del paisaje regional, como un aporte a la literatura colombiana.

### Referencias bibliográficas

1. Ángel Madrid, C. (2016). El concepto de “literatura antioqueña” en la revista *El Montañés* (1897-1899). Una revisión desde la perspectiva de la historia conceptual. (Trabajo de grado). Medellín: Universidad de Antioquia.
2. Escobar Villegas, J. C. (2009). *Progresar y civilizar. Imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.
3. Fernández Morales, M. (2012). Aproximación a las dificultades teórico-conceptuales del binomio “literatura-región”. *Lingüística y literatura* (61), pp. 59-72.
4. Granados, A. (2012). Introducción. En A. Granados (Coord). *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura* (pp. 9-20). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
5. Henríquez Ureña, P. (2014). *Las corrientes literarias en la América Hispana*. México: Fondo de Cultura Económica.

6. Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.
7. Latorre, G. (1897). Samuel Velásquez, *El Montañés* I (1), pp. 1-12.
8. Levy, K. L. (1958). *Vida y obras de Tomás Carrasquilla*. Medellín: Bedout.
9. Londoño Vélez, S. (1994). Las primeras revistas ilustradas de Antioquia. *Boletín bibliográfico y cultural del Banco de la República* 31 (36). Recuperado de [http://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin\\_cultural/article/view/2021](http://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/2021) [15.01.2018]
10. Mayor Mora, A. (2003). El impacto empresarial de las escuelas de Minas de Medellín y de Ouro Preto (Brasil). Una visión comparativa. En D. Guevara (Comp.). *Empresas y empresarios en la historia de Colombia. Siglos XIX-XX. Una colección de estudios recientes* (pp. 1215-1248). Bogotá: Uniandes.
11. *El Montañés*. (1897-1899). Medellín: Sala de Colección Patrimonial. Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Universidad de Antioquia.
12. Montoya, J. (1897). Tomás Carrasquilla, *El Montañés* I (3), pp. 105-112.
13. Ospina Vásquez, M. (1897a). Reseña Mensual, *El Montañés* I (1), pp. 44-56.
14. Ospina Vásquez, M. (1897b). Reseña Mensual, *El Montañés* I (3), pp. 146-150.
15. Ospina Vásquez, M. (1898a). Reseña Mensual, *El Montañés* I (6), pp. 277-278.
16. Ospina Vásquez, M. (1898b). Reseña Mensual, *El Montañés* I (11), pp. 451-456.
17. Romero, J. L. (2010). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
18. Saavedra Restrepo, M. C. (2003). Empresas y empresarios: el caso de la producción textil en Antioquia (1900-1930). En: D. Guevara (Comp.). *Empresas y empresarios en la historia de Colombia. Siglos XIX-XX. Una colección de estudios recientes* (pp. 249-1283). Bogotá: Uniandes.
19. Schmidt-Welle, F. (2012). Regionalismo abstracto y representación simbólica de la nación en la literatura latinoamericana de la región. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* 130, pp. 115-127.